

El sur de Jalisco: identidad e historia

Agustín Vaca
El Colegio de Jalisco

En 1954 México se colocaba por primera vez entre los países acreedores a un número que certificara de manera oficial el lugar que merecían como productores de bellezas femeninas. Representadas por Ana Bertha Lepe, las mexicanas se regocijaron al saberse consideradas bellezas internacionales de cuarta categoría, sólo dos peldaños abajito de las francesas quienes, con Christianne Martell como prototipo, ocuparon el primer lugar.

Ese mismo año, en la película “Miradas que matan”, el país entero pudo ver y oír a la Lepe –vestida con un traje charro deformado por la faldita que le permitía mostrar las piernas que le ayudaron a escalar hasta el cuarto lugar en el certamen de belleza con pretensiones universales– cantar la canción “Guadalajareña” acompañada por el Mariachi “Vargas de Tecalitlán”, cuyo director, Silvestre Vargas, desde 1940 había incorporado las trompetas a ese conjunto musical dotándolo del sonido que lo distingue y que se ha convertido en un estereotipo en el plano del mundo musical.¹

No voy a entrar en la polémica que se ha entablado para dirimir si el mariachi nació en Jalisco, en otro estado de la República o en varios a la vez. Lo que sí me interesa dejar asentado es que, a partir de dicha innovación, desde los primeros compases de las trompetas mariacheras, los escuchas de cualquier nacionalidad asocian ese sonido con los charros y el

1. Cfr. Emilio García Riera. *Historia documental del cine mexicano*. México: U de G-Gobierno de Jalisco-CONACULTA-INCINE, 1993, t. 7, p. 114.

2. Universidad de Guadalajara, *et al.* *Jalisco en el siglo 20*. Perfiles. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1999, p. 240.

tequila, productos de casi innegable origen jalisciense y que, de acuerdo con el más puro lugar común, juntos los tres constituyen la “esencia” mexicana.

El mismo año de 1940, el 13 de julio, Salvador López Chávez inauguraba la primera de las Fábricas de Calzado Canadá,² industria arraigada en Guadalajara y que un decenio después dominaba el mercado nacional y expandía sus ventas hasta llegar a cubrir la mayor parte de Latinoamérica y de los Estados Unidos.

Ya para esos años hacían legión los que pedían “Bésame mucho” en sus idiomas vernáculos, canción que junto con “Cachito” y otras más de la autoría de Consuelo Velázquez, han interpretado desde entonces cantantes de los estilos, géneros y nacionalidades más variados, y han sido objeto de arreglos musicales que satisfacen los gustos más encontrados.

Simultáneamente, la literatura mexicana consolidaba su prestigio en el plano internacional con la publicación, en 1955, de *Pedro Páramo*, novela que dio a Juan Rulfo renombre intemporal. Ese mismo año, Juan José Arreola, a quien años después el gobierno francés distinguiera nombrándolo Oficial de las Artes y Letras Francesas, juntaba en un solo volumen *Confabulario y Varia invención*.

Ya para entonces José Clemente Orozco había fallecido, en 1949, no sin haber llamado la atención internacional hacia México con sus murales y su personal manera de plasmar en ellos los episodios más traumáticos de la historia nacional, relacionándolos con las circunstancias contemporáneas. Por su parte, José Luis Martínez publicaba su *Literatura mexicana siglo xx, 1910-1940*, uno de los primeros y más sólidos intentos por dar una visión panorámica del estado en que se encontraba esa actividad artística.

El mismo año, Blas Galindo efectuaba su primer viaje a Europa durante el cual fungió como miembro del jurado del cuarto concurso de piano “Federico Chopin” y comisionado del gobierno de México para visitar las escuelas de música de varios países, como Francia, Suiza, Italia, Checoslovaquia, entre otros. Unos

años antes, José Rolón terminaba su obra sinfónica "Cuauhtémoc", cuyo estreno mundial estuvo a cargo de la Orquesta Filarmónica de Berlín bajo la dirección de Bruno Seidler.

Entre tanto, el Partido Revolucionario Institucional refrendaba el avasallamiento de las demás fuerzas políticas, sin apartarse de los estatutos que en 1929 redactara Basilio Vadillo para el Partido Nacional Revolucionario. En la hechura de tales estatutos, Vadillo tuvo mucho en cuenta la organización del Partido Comunista de la Unión Soviética, institución que pudo observar muy de cerca entre 1924 y 1928, gracias a su desempeño como primer embajador de México ante la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.³

A nadie le pasa inadvertido que los personajes que componen esta breve galería, a lo largo de más de tres decenios jugaron un papel determinante en áreas tan disímolas de la vida pública nacional como la música –culto y popular–, las artes plásticas, la industria, la literatura, la política y hasta la belleza femenina. Para bien o para mal, ellos contribuyeron a forjar no sólo la imagen que tuvimos de nosotros los mexicanos hasta hace muy poco sino también la que se tenía de México en el extranjero, y algunos hasta enriquecieron el patrimonio cultural de la humanidad.

Muy pocos ignoran que estos hombres y mujeres son jaliscienses, pero casi me atrevería a asegurar que, salvo los oriundos de los distintos lugares de nacimiento de cada uno de los personajes mencionados, no son muchos los que saben que todos ellos proceden del sur de Jalisco. Ana Bertha Lepe es de Tecolotlán; Silvestre Vargas nació en Tecalitlán; Salvador López Chávez y Blas Galindo, en San Gabriel; Consuelo Velázquez, José Rolón, Juan José Arreola y José Clemente Orozco, en Zapotlán el Grande; Juan Rulfo en Sayula, según los distintos diccionarios biográficos, o en San Gabriel, de acuerdo con lo que decía el mismo Rulfo; José Luis

3. Cfr. Agustín Vaca, "Basilio Vadillo". Jaime Olveda, José María Muriá y Agustín Vaca. *Aporte diplomático de Jalisco: Cañedo, Corona y Vadillo*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores-Gobierno del Estado de Jalisco, 1988.

Martínez, en Atoyac; Basilio Vadillo, en Zapotitlán, pueblo que adoptó el apellido de su ilustre hijo.

Pero no sólo los hombres y mujeres del sur de Jalisco que se han destacado en las altas esferas de la vida pública constituyen la riqueza cultural de la región. En aquélla habría que incluir a la llamada cultura popular, sin tomar en cuenta la plena identificación o el anonimato de sus creadores. Como ejemplo, mencionaré sólo unos cuantos de los productos de la región que han traspasado las fronteras estatales y hasta las nacionales, como los sones, que forman la mayor parte del repertorio de la música tradicional que interpretan los mariachis, pienso en “La negra”, “La culebra”, “Las copetonas”, etc., etc. y todos los etcéteras que ustedes quieran; ese monumento a la picardía popular que Teófilo Pedroza levantó, hacia finales del siglo XIX, con los versos de *El ánima de Sayula*,⁴ los cuchillos de ese mismo lugar; la birria, guiso que ha dado fama a Tecalitlán y Acatlán de Juárez; el platillo ceremonial de Tuxpan, la coachala; los equipales de Zacoalco de Torres o los ya casi inexistentes de Tolimán. Pese a este incompleto pero apabullante inventario, a mí se me haría muy difícil pensar en el sur de Jalisco en términos de una región a la que aglutine una identidad cultural fuerte.

Uno de los puntos de acuerdo entre los especialistas del tan debatido concepto de identidad, es que ésta constituye, ante todo, un hecho simbólico que se construye en el discurso social, construcción que está moldeada no sólo por la manera en que nos vemos a nosotros mismos, sino también por el cómo nos ven desde el exterior.⁵ De esto resulta que una identidad fuerte está cimentada en la mayor concordancia posible entre la mirada interna y la exterior, entre el discurso social que de sí mismos emitan los integrantes de un conglomerado humano y el que los otros emiten acerca de él.

Así, en tanto que a muy pocos se les ocurriría decir que Juan Rulfo es sureño —gentilicio que ni él mismo se adjudicaba y que resulta extraño y hasta

4. A. Jiménez. *Picardía mexicana*. 54^a ed. México: Editores Unidos Mexicanos, 1975, pp. 153-160.

5. La bibliografía al respecto es vastísima, por lo que aquí me limitaré a remitir a la compilación que Gilberto Giménez Montiel hizo para el Programa nacional de formación de profesores universitarios en ciencias sociales. *La teoría y el análisis de la cultura*, editado por SEP, Universidad de Guadalajara y COMECO en 1987.

equivoco, por lo menos en el habla cotidiana— en lugar de decir que nació en Sayula, todos, o casi, identificamos de inmediato a Mariano Azuela y a Agustín Yáñez como alteños, y sólo después precisamos que el primero es de Lagos de Moreno y que el segundo, aunque nació en Guadalajara, también es alteño; es decir, el sentimiento de pertenencia a un grupo humano en Los Altos es tan fuerte que trasciende el lugar de nacimiento y engloba no sólo a los nativos sino también a aquellos que cuenten con un ancestro alteño. Así mismo, tampoco nos atrevemos a sostener que las mujeres del sur de Jalisco son excepcionalmente bellas, pero son muy pocos los que contradicen el consenso general de que las alteñas sí lo son, juicio que los alteños dan por sentado y que defienden con decisión.

Esto, pues, es un indicio de lo fragmentaria que aparece la identidad regional entre los habitantes del sur de Jalisco y ante los observadores, si la comparamos con la uniformidad que muestran los de Los Altos, quienes no vacilan en reconocerse como alteños antes que como jaliscienses o mexicanos, cosa que también hacemos los no alteños.

Tal fortaleza identitaria, como lo asienta Lourdes Celina Vázquez, ha sido posible, entre otras cosas, porque Los Altos es una región en la que “conciernen las condiciones materiales y políticas de vida... con el sentimiento de pertenencia e identificación con esas condiciones”.⁶

Es decir, que en Los Altos la historia real corresponde, por lo menos en lo que se refiere a la forma en que se han apropiado de ella los alteños, con el discurso social que traspasa todos los ámbitos de la vida cotidiana en los distintos poblados que conforman la región.

Desde este punto de vista, a pesar de compartir una misma área geográfica, el lento y escaso desarrollo social, económico y político de Toluca o Jilotepec de los Dolores, tiene muy poco en común con la pujanza que en esa dirección ha caracterizado a Zapotlán o Sayula; en cambio, ha sido posible trazar las semejanzas

6. *Identidad, cultura y religión en el sur de Jalisco*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1993, p. 32.

7. Los procesos históricos que dieron lugar a la conformación de Los Altos en una región cuyos integrantes comparten formas de comportamiento, de pensamiento y de creencias cuentan con una amplia bibliografía, de la cual cabe destacar Andrés Fábregas. *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*. México: CIESAS, 1986; José Díaz y Román Rodríguez. *El movimiento cristero. Sociedad y conflicto en Los Altos de Jalisco*. México: CIS-INAH-Nueva Imagen, 1979; Jaime Espín y Patricia de Leonardo. *Economía y sociedad en Los Altos de Jalisco*. México: Nueva Imagen, 1978.

8. Sur de Jalisco: Sabás Reyes, Cocula; José María Robles, Mascota; Miguel de la Mora, Tecalitlán; Rodrigo Aguilar, Sayula; Justino Orona, Atoyac; Tranquilino Ubiarco, Zapotlán. Los Altos: Román Adame y Atilano Cruz, Teocaltiche; Pedro Esqueda, San Juan de los Lagos; Toribio Romo, Santa Ana, Jalostotitlán.

entre los procesos de dicho desarrollo de prácticamente todos los pueblos que conforman Los Altos.⁷ En este sentido, Jalostotitlán es similar a Ojuelos, Atotonilco el Alto no se diferencia mucho de Yahualica, y Acatic guarda semejanzas con San Miguel el Alto.

De ahí que las rivalidades que puedan sostener Arandas y Tepatitlán entre sí para opacarse mutuamente, aquéllas pasen a un segundo plano cuando se trata de poner en alto la identidad cultural de la región, pues todos los habitantes de los pueblos de Los Altos están seguros de que el suyo es, si no el más puro representante de la "alteñidad", por lo menos uno en igualdad con los demás.

Pero además de que han experimentado procesos histórico sociales similares, los alteños han actuado de manera congruente ante las dificultades que les ha presentado la historia. Así, no obstante que tanto la región de Los Altos como la del Sur participaron de manera equiparable en la rebelión cristera, sostuvieron con igual valor encuentros con el ejército regular y en la lista de los mártires recién canonizados por dicha causa los del sur tengan dos santos más que los alteños.⁸ Los Altos se ha constituido en la región emblemática de dicha guerra civil, no sólo en Jalisco sino en el país y hasta en el extranjero, debido a la uniformidad con que actuaron en dicho conflicto.

En suma, pues, las características particulares de cada pueblo encuentran correspondencias con las del resto de los que integran la región de Los Altos, circunstancia que ha redundado en la construcción de un discurso identitario con validez para todo el universo alteño.

En el caso de la región Sur, me parece que hay más evidencias de que sucede lo contrario; creo que se trata de una región geográfica rica en manifestaciones culturales de toda índole, pero atomizada en motivos de orgullo locales, orgullo que se consolida con los hombres y mujeres ilustres nacidos en cada uno de los pueblos que la integran. Con esto quiero decir que me parece que, hasta ahora, la región Sur no ha

experimentado los procesos internos que le permitan construir una identidad cultural unitaria.

Algunos estudiosos serios⁹ de los problemas que atañen al concepto de identidad, han propuesto la obra de Juan José Arreola, *La feria*, como punto de partida para empezar a tejer la red de correspondencias que configurarían las señas de identidad comunes a todos los pueblos del sur de Jalisco. Con todo el respeto que tengo por ellos, me permito disentir y adoptar la posición contraria. Creo que esa obra de Arreola, más bien documenta la fragmentación identitaria de la región.

Desde el inicio, *La feria* da cuenta de la diferenciación cultural que existe entre los pueblos sureños. Al referirse a la suerte que corrió fray Juan de Padilla, nos enteramos que este fraile “nos quiso mucho a nosotros los de Tlayolan. Pero le fue mal y dizque lo mataron. Dicen que aquí, dicen que allá. Si fue en Tuxpan, lo hicieron cuachala. Si fue aquí, nos lo comimos en pozole”.¹⁰ Estas diferencias se acentúan al referirse al éxito de la feria zapotlense, a la que acuden

de todas partes, de cerquitas y de lejos, de San Sebastián y de Zapotiltic, de Pihuamo y desde Jilotlán de los Dolores. Da gusto ver el pueblo lleno de fuereños, que traen sombreros y cobijas de otro modo, guaraches que no se ven por aquí.¹¹

Pero no sólo los modos y costumbres, sean éstas culinarias o de vestimenta, son los que separan a los pueblos sureños. La misma geografía se corresponde con los sentimientos de no pertenecer a un mismo grupo cultural y contribuye a ahondar y hasta a imposibilitar la comunicación:

La cuesta de Sayula es un lugar muy funesto. Zapotlán y Sayula no se llevan muy bien, desde que tuvieron un pleito de aguas en 1542. Entre un pueblo y otro está la cuesta, un enredijo de curvas, paredones y desfiladeros que son la suma de nuestras dificultades... Y por el otro lado Tamazula, con el mal paso de Río de Cobianes que cada año nos separa con las crecidas,

9. Véase, por ejemplo, el espléndido artículo de José Lameiras, “El sur de Jalisco: asomos a una identidad”. *Estudios Jaliscienses*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, núm. 5, agosto de 1991, pp. 61-71.

10. “La feria”. *Narrativa completa Arreola*. México: Alfaguara, 1997, p. 349.

11. *Ibid.*, p. 358.

12. *Ibid.*, p. 359.

como un largo pleito. Así son las cosas, todo lo malo nos llega de fuera, por un lado Tamazula, y por el otro Sayula.¹²

A esta visión que nos revela cómo son los “otros”, se añade la que tienen los “otros” acerca de Zapotlán. En ocasión de una velada de intercambio cultural llevada a cabo en Zapotlán, según nos dice Arreola,

el invitado fue un historiador de Sayula... que se pasa la vida investigando en la soledad de los archivos... nos prometió leernos un capítulo que atañe a Zapotlán. En realidad todos desconocemos, o más bien dicho, desconocíamos la historia de nuestro pueblo... El historiador carraspeó varias veces y en distintos tonos, para afinarse la garganta, y dijo con voz tranquila y opaca: ‘La traición y los traidores en Zapotlán el Grande, durante las guerras de Conquista, de Independencia y de Reforma...’ Aquel hombre apacible y documentado se dedicó a insultarnos concienzudamente toda la noche: desde Minotlacoya, nuestro último rey, que capituló para convertirse en aliado de Alfonso de Ávalos, hasta nosotros mismos. Zapotlán no había sido en toda su historia más que un semillero de cobardes y de traidores. Ni siquiera en la guerra de Independencia tuvimos la menor oportunidad de mostrarnos heroicos o patriotas: fuimos, según él, realistas empedernidos. De vez en cuando, el erudito interrumpía la lectura para beber en su vaso de acfbar, tosía y se reanimaba para decirnos que en tiempos de Maximiliano, en vez de pelear, nos echamos en brazos de los franceses... Un rencor legendario se dio rienda suelta en la prosa dilatada de aquella rata de biblioteca. Más que ofendidos, nos sentíamos abrumados, como si sobre nosotros estuviera cayendo otra vez la lluvia silenciosa de ceniza que nos echó el volcán de Colima.¹³

13. *Ibid.*, pp. 429-430.

Si recordamos que la identidad cultural debe estar cimentada en un movimiento interno que nazca de las necesidades y preocupaciones comunes a un conglomerado humano, posibilitando así la construcción de un discurso social que se corresponda con las prácticas sociales concretas, los textos de Juan José Arreola que acabo de citar muestran con elocuencia que estas condiciones no se cumplen en la región del sur de Jalisco. De ahí que hasta el momento, desde mi punto de vista, la

cuestión de la identidad cultural unitaria de esta región sea más producto de un esfuerzo académico, un ejercicio intelectual, que una realidad palpable, sea ésta simbólica o concreta.

Por otra parte, además de dar cuenta de las disimilitudes culturales y la poca cordialidad que caracteriza a las relaciones entre los pueblos, el texto de Arreola que cité en último lugar es un formidable indicio de las diferencias entre los hechos históricos reales y el imaginario colectivo que se construye, no siempre a partir de ellos. De ahí la sorpresa y la gran ofensa de que se sienten objeto los zapotlenses: su memoria colectiva es de todo punto opuesta a la exposición documentada de los hechos históricos.

Por eso, tal como lo establece Eric Hobsbawm,¹⁴ para los procesos históricos, la identidad no siempre es un elemento importante, sobre todo si aquéllos no forman parte de la memoria colectiva de los distintos conglomerados humanos que conforman una región.

En suma, pues, si bien es cierto que la identidad es un hecho simbólico, no menos cierto es que éste debe soportar la confrontación con los acontecimientos concretos: es decir, con la investigación histórica. No se trata de desechar sin más, los mitos fundadores¹⁵ de todo discurso identitario cuya principal función social es la de aglutinar a un conglomerado humano en torno de un conjunto de ideas comunes que atañen al territorio y a quienes lo ocupan, sino de hacer el intento de desterrar lo que se oponga a lograr un conocimiento más cercano a lo que realmente sucedió.

Creo que tal confrontación tendría efectos benéficos no sólo para el conocimiento histórico, sino que también reforzaría la apropiación simbólica del pasado y redundaría en una identidad menos endeble. De tal manera, los zapotlenses podrían digerir mejor las supuestas ofensas infligidas por los sayulenses, así como los alteños deberán aceptar, de acuerdo con recientes investigaciones históricas, que uno de sus motivos de orgullo, la pureza racial, está en peligro de derumbarse ante las evidencias de que una considerable dosis de sangre negra corre por sus venas.¹⁶

14. Cfr. *Sobre la historia*. Trad. Jordi Beltrán y Josefina Ruiz. Barcelona: Crítica, 1998.

15. Para un buen recuento de los mitos que integran la identidad cultural de los alteños, cfr. Luis Rodolfo Morán Quiroz, "Migración y mitos alteños", *Estudios Jaliscienses*, Zapopan: El Colegio de Jalisco, núm. 37, agosto de 1999, pp. 26-40.

16. Cfr. *Estudios Jaliscienses*. Los afrojaliscienses. Zapopan: El Colegio de Jalisco, núm. 49, agosto de 2002.